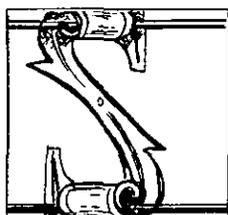


Comunicación en las neociudades: pérdida de la visión global

GABRIEL ALBA*



La naranja mecánica

Stanley Kubrick, en 1972, nos sorprendió con su **Naranja Mecánica**. A muchos impactó las dos suertes de violencia: la primera, anárquica, arbitraria, gratuita -la violencia por la violencia-, cuya visión se hace tolerable por el espectador merced a la técnica estética de un adiestramiento lúdico y onírico de disfraces y vida, como en irresponsable carnaval, y llevado todo ello al ritmo plástico y musical del ballet. Y frente a esta violencia, la violencia tecnológica -*Ludovico's technique*- y el condicionamiento de los reflejos hasta los mayores extremos de asco con respecto al sexo y de abyecta autohumillación como «curación» de la violencia anterior.

Yo la ví años después de su estreno y me sorprendió Alex. Me gustó su ironía, su desfachatez, su perverso sentido del humor, su humana manera de ser violento, su rebeldía, su desgarramiento. Respiré tranquilo cuando, al final, vuelve a ser él, vuelve a ser lo que era. Más vale la violencia abierta y arriesgada de Alex, que la solapada y químico-psiquiátrica de la reforma penal que anula la personalidad del delincuente y convierte su comportamiento en un frío, insensible y tecnológico aparato de relojería, inhumanamente condicionado.

* Comunicador Social. Director del Programa de Investigación de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana y profesor del área de Teorías de la Comunicación y Metodología en la misma Facultad.

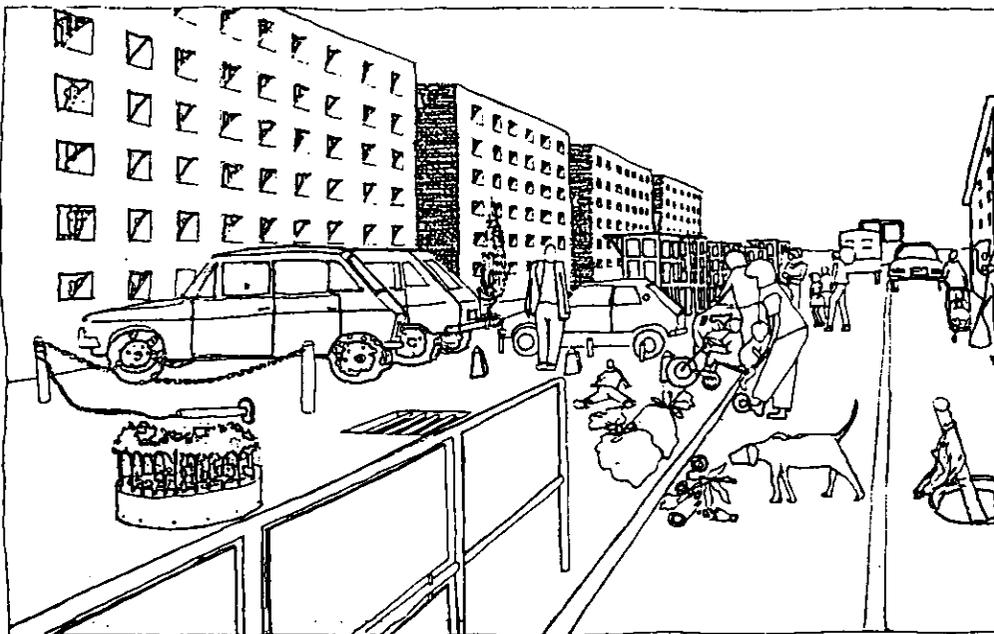
Me simpatizó Alex pero no por su violencia sino, como ya lo dije, por su irónico sentido del humor. No me importaba la violencia de Alex; sí, era violento, pero no era eso lo que yo veía y admiraba en él, sino su sentido de la estética, esa que no entienden los curadores de museos, las sociedades de mejoras y ornato y los estetas. Alex me recordaba a mis compañeros de colegio y de barrio. Me veía a mí mismo jugando al malo, poniéndome máscaras, conduciendo autos, «cantando bajo la lluvia», pateando canecas. Alex representaba los sueños y el imaginario de toda una generación de jóvenes que «deseábamos» ser rebeldes. No éramos rebeldes, no éramos delincuentes, no éramos violadores, pero había algo en Alex que hacía que la «proyección-identificación» del cine se diera perfectamente en nosotros. Tal vez nos sentíamos identificados con ese decorado del bar donde no se bebía alcohol sino leche, o con la escalofriante velocidad de los coches. Sentíamos que Alex vivía en Bogotá o nosotros en Londres por lo grisnaranja del ambiente o porque nos enseñaba con otros ojos y otra sensibilidad «*Dos mil uno odisea del espacio*» y Beethoven. Él representaba y proyectaba todo lo que no éramos, ni seríamos, pero que hubiéramos querido ser. La Naranja Mecánica representaba la traición de las bandas, la represión de los maestros, la morbosidad de la burguesía y de la intelectualidad, las fealdades y corrupciones de las instituciones adultas, la brutalidad de la policía... Pero también representaba la sensibilidad de la música clásica, la estética de lo kitch, la fragilidad humana. Todo lo que sentíamos y queríamos expresar Kubrick lo hizo de manera estupenda a través del ritmo de su película.

Con la *Naranja* descubrimos que nosotros también habitábamos una ciudad na-

ranja. No hay calle de Bogotá que no tenga por lo menos una construcción de ladrillo que no deje su destello naranja en el ambiente. Vivíamos en una ciudad insegura y fría que nosotros deambulábamos e imaginábamos a nuestra manera: de Palermo a Sears, de Federmán a Unicentro y a Niza, siempre en buseta, siempre dando vueltas en una eterna 98, donde cantábamos y hacíamos de culebrero para vergüenza de los más recatados y para escándalo de las señoras que tomaban la 98 en la Avenida Chile.

Bogotá también tenía Venecia, Roma y París, pero esos barrios hacían parte de nuestro «afuera»; eran un sur que no existía para nosotros, y si existía era solo en referencia: el letrero de un bus, el barrio de los zapatos, donde vive la tía que nunca visitamos. Sí, era la marcada diferencia entre el norte y el sur, el afuera y el adentro con el que estábamos creciendo y con el que nos habíamos acostumbrado a vivir y que ya hacía parte de nuestro imaginario, de nuestra «ciudad imaginada».

Vivíamos y nos comunicábamos de acuerdo con ciertos códigos que nos proponía la ciudad. Adentro éramos rebeldes y arriesgados, desinhibidos. Afuera éramos temerosos, zanaños, «extranjeros». Adentro, en nuestras casas, en nuestros ba-



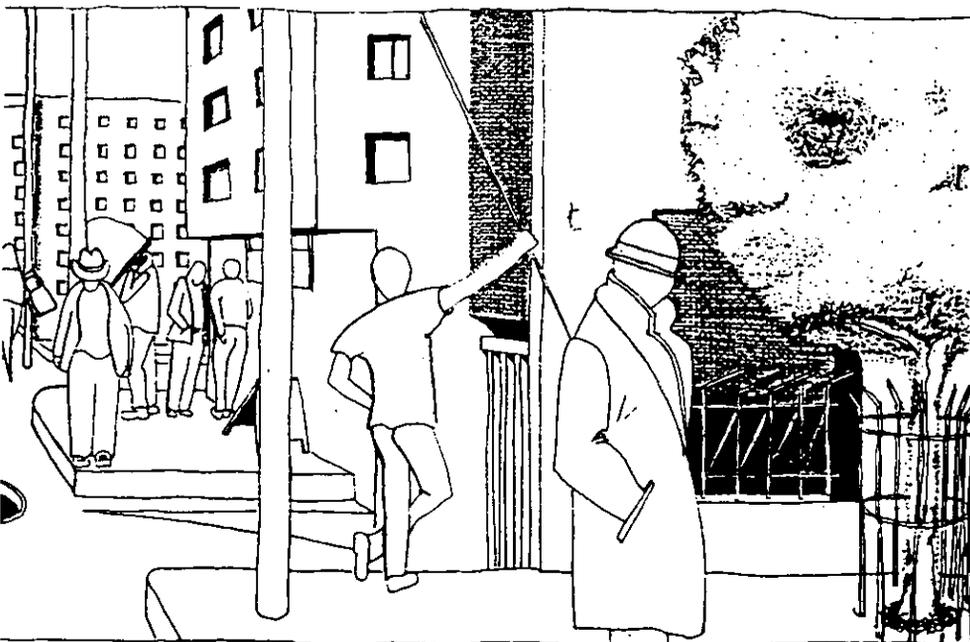
rrios, en nuestro colegio, eramos el Alex del bar, el de las máscaras, el jefe de los drogós. Afuera, en otras calles, en otros barrios, eramos el Alex indefenso después del tratamiento, el que puede encontrarse con una sorpresa en cada esquina. Adentro eramos dicharacheros, rebeldes y comunicativos. Afuera, herméticos, silenciosos, calculadores.

Y no es que fuéramos cobardes, era la lógica que nos ofrecía la ciudad y que sentíamos en el estómago. Era la única manera de sobrevivir para un joven en esta «Naranja Sudamericana». Los medios eran un refugio, el cine era un adentro, pero Las Cruces, Fátima, Quirigua, un afuera, un letreiro de bus, un chiste. La noche y el día también marcaban la diferencia. El día era bulloso, congestionado, el día era para dormir en vacaciones o para el colegio. Pero la noche era nuestra, era el riesgo. Era deambular por las calles oscuras desafiando al miedo. Era burlar a los padres que temían por nosotros. Era sentirnos dueños del barrio y de otros barrios. De noche se podía patear puertas, escupir ventanas: de noche podíamos ser un poco Alex sin ser el «negro Tadeo». Porque no queríamos ser esos pandilleros reales que azotaban la ciudad. Eran famosos los de Pablo VI, los de Niza, los de Pontevedra, los de Kennedy, los de

Unicentro, los de Las Torres del Parque. El «negro Tadeo» era un personaje de la delincuencia juvenil, y las reyertas entre ellos dejaron muertos que la prensa destacó y que Silvia Duzan explicó y comprendió. Pero a nosotros, a los jóvenes comunes y corrientes de la ciudad, esas bandas «reales» no nos atraían. Las considerábamos demasiado vulgares, con poca clase. Nosotros queríamos ser los de Iconía, los de Xanadú o los de cualquier otro nombre sonoro que nos atrajera. Los de Santa María del Lago, sin importar donde quedara, si lo conocíamos o no; solo por su nombre, por la armonía de su nombre, por el ritmo de ese nombre.

Queríamos ser como Alex y no como el «El negro Tadeo», porque Tadeo, Esteban o Camilo eran demasiado reales: no tenían la sensibilidad que da Beethoven, o Dos mil uno, o Londres; no tareaban cantando bajo la lluvia, no violaban a esposas de escritores, no tenían una madre de pelo verde, ni un maestro de correccional que les pegara en la *güevas* y se tomara el agua de la caja de dientes. La realidad era para nosotros muchísimo más pobre que el cine. Bogotá no tenía puentes como los de la *Naranja* donde habitaran esos vagos que habitaban allí, y los jóvenes violentos de Bogotá no actuaban al ritmo del ballet con que sí lo hacía Alex. El sí que tenía clase, ritmo y una desbordante imaginación.

Lo que los jóvenes corrientes de Bogotá pudimos traducir de la *Naranja*... fue la sensibilidad de Alex y su forma particular de ver el mundo: una totalidad discursiva que podríamos llamar "modernidad", y que estaba metaforizada en la violencia, en la estética, y en el ballet. Porque el discurso de Alex era global, tenía un centro, respondía la lógica de un discurso ordenado. Lo que sentíamos los jóvenes de los



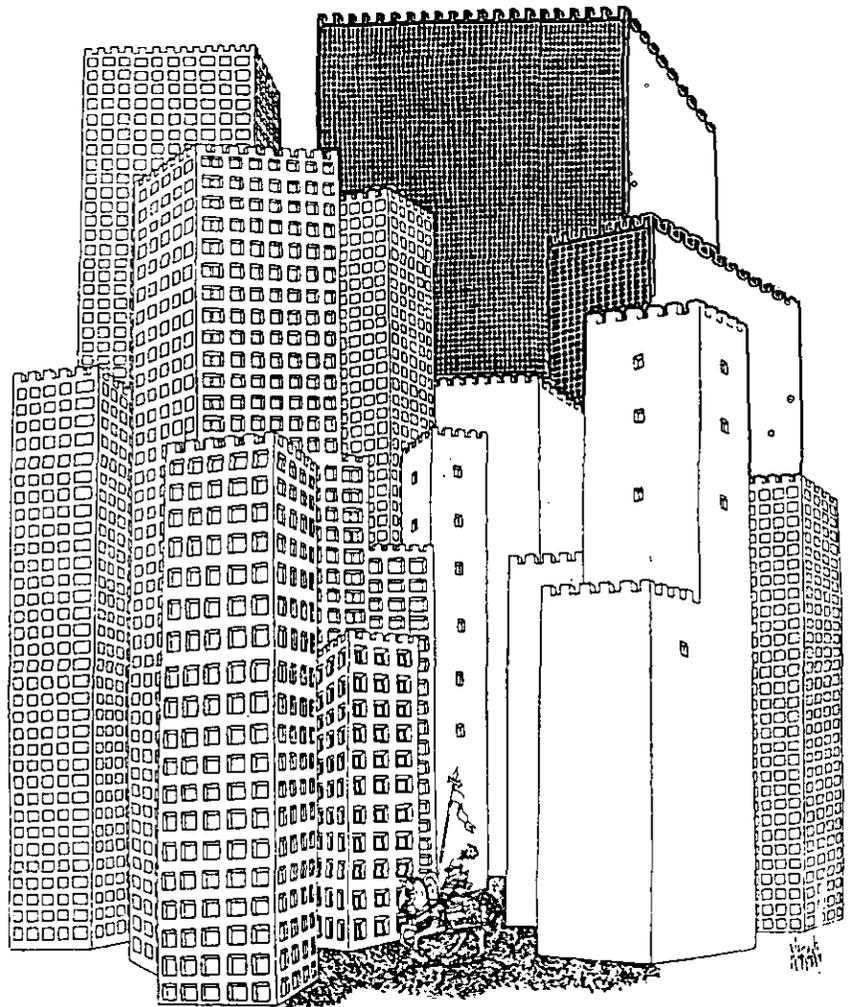
ochenta con la película y que nos identificaba, no era su tema, era su ritmo y su globalidad. Un ritmo con el que vivíamos en nuestra naranja; tan llena de contradicciones, de raponeros, de mimos, de culebreros, de voceadores, y que recorríamos al son del ballet y que nos formó el gusto: un gusto muy parecido al de Alex, el gusto del seriado y del cine, del fútbol y el rock, el gusto del adentro y del afuera, aunque no supiéramos a ciencia cierta cual era cual. Pero del que teníamos los dos lados, del que teníamos la totalidad, es decir, la visión global.

El mundo de Pepsi

Hoy ya no puede hablarse en esos términos. La naranja ya no es mecánica, ahora es cibernética. Así toda la ciudad no sea cibernética, no todos los establecimientos comerciales estén computarizados, no todos tengan tarjeta del cajero automático, ni antena parabólica; la lógica cibernética, la lógica de del adentro es la que prima y esta lógica impide una visión global, la niega, y solo nos permite fragmentos. Se acabron los negros Tadeo, ahora es Mario Bross o Prince. La ciudad ahora es vista y sentida desde la pantalla del televisor o del ordenador personal. Y allí ya no ahy totalidades, solo detalles, desorden y caos, que son metáforas del afuera. El afuera es cada día más hostil, el tráfico es cada día peor, y los huecos y las bombas más grandes. El barrio como lugar de encuentro desapareció y quienes caminan de noche son solo los delincuentes o los cartoneros.

La violencia no es cada día más abierta sino más cerrada, más sola-

pada, más sangrienta. Es la vilencia instituída e instituyente. Los lugares de encuentro y de lucha ya no son la panadería de la esquina o la cancha de fútbol. El único lugar que todavía conserva cierta 'anacronía' y que permite una figura de globalidad en la ciudad es la Universidad. La Universidad es hoy el lugar de encuentro de los jóvenes. Es un espacio panóptico en contraposición con el laberíntico, tanto de los medios, como del resto de la ciudad. La ciudad es vista hoy, a excepción de la Universidad, como un *rizoma*, como un laberinto donde uno se pierde, donde andamos como ratas pegados a las paredes para encontrar la línea. La Universidad es una esfera de cristal como lo fue en los años sesenta.



En los años sesenta, como lo muestra José Luis Aranguren¹, la Universidad se convirtió en el hogar comunitario de los jóvenes, y esta es la significación que la Universidad conserva hoy para los jóvenes que asisten a ella. Pero en los años sesenta no fue solo eso, sino el escenario de sus primeras actividades políticas, escenario en el que ellos representaban el papel de potenciales redentores de nuestra cultura. En efecto, el rito de iniciación en la vida pública, comenzaba entonces en la Universidad, aunque no se sabía donde terminaría. En aquellos años la Universidad estuvo altamente politizada. Antes los estudiantes iban a la Universidad casi exclusivamente a aprender; pero entonces vinieron sobre todo a reunirse, a hablar con sus compañeros. Esto se veía muy claramente en los momentos de agitación, cuando organizaban asambleas, manifestaciones, «sentadas»; pero, en realidad, de modo menos ostensible ocurría cotidianamente. La Universidad era el aula de la educación política. En la época de la contestación del orden establecido era normal que tal actitud se extendiera al hogar universitario del que los jóvenes habían tomado posesión, o mejor dicho, que la contestación partiera de él. Los jóvenes pensaban que la contestación *global* de la sociedad occidental y de su cultura había de producirse *desde* la Universidad y, también con respecto a ella misma. Así la Universidad se convirtió en el catalizador de la protesta y en el motor de la acción contestataria.

En los años noventa se mantiene la Universidad como hogar comunitario pero se pierde la perspectiva política que mantenía en los sesenta. Perdida ya su función de iniciación en la vida política, la que tiene es precisamente la contraria: la de dotar a quienes ingresan en ella de conciencia plena de despolitización en la medida que su discurso se transforma en complejidad. Y así como la sociedad en sus instancias no-militaristas y los mismos

padres depositan a los jóvenes en la Universidad, igual que a los niños en las guarderías o a sus carros en los parquederos, para que permanezcan allí hasta que llegue el momento de ser productivamente usados, los universitarios viven la Universidad simplemente como el *lugar de encuentro*, como el ámbito o recinto general de la socialidad juvenil que no pueden desparramar, por el terror de la ciudad en bares, parques, plazas o discotecas. Claro que no quiero que se crea que el cambio de función de la Universidad se debe exclusivamente a la falta de espacios de encuentro y comunicación en la ciudad. Esa falta de espacios en la ciudad responde a una lógica cibernética de organización, no solo de la ciudad sino de la vida en general. A la lógica de Pepsi, la de la nueva generación, la de la "inestabilidad".

Los estudiantes ya no van a la Universidad para aprender, y menos, si cabe, para politizarse, sino para *despolitizarse*, para adquirir una repulsa de la vida política. Mas como en la actualidad se ha adelantado el ingreso en la edad juvenil, que empieza ya en los años *teen*, es decir, a partir de los catorce años, o sea con el Bachillerato, se ha acortado, por no decir suprimido, la distancia entre la Universidad y los Colegios, hasta el punto de que unos y otros cumplen la misma función de fomentar la socialidad juvenil en ruptura con la de los mayores. El modo de ser juvenil comienza ya con el encuentro de los chicos en los Colegios, y la Universidad no hace, a lo sumo, sino potenciar y prolongar esa forma de vida juvenil.

Dentro de una investigación que me encuentro adelantando exploramos los lugares de la Universidad. No nos sorprendió saber que los lugares de la Universidad que más agradan a los universitarios en Bogotá son las cafeterías, las playitas, y las «piscinas». La universidad es el espacio donde los amores imaginarios -otros llaman platónicos- hacen parte de la cotidianidad. El amor imaginario es relacionado con modelos, actrices, ejecutivos. Las escenas amorosas y eróticas provienen de filmes como Nueve Semanas y Media, Oquidea Salvaje,

¹ José Luis Aranguren. *Bajo el signo de la juventud*. Madrid: Salvat Ed., (Colección TC), 1982

Sexo, mentiras y video, Atracción Fatal. Es el gusto de la repetición, del caos, del desorden; es la lógica del fragmento y del detalle de la que habla Calabresse en *La era neobarroca...* y que dice muy bien esa pérdida de la globalidad.

Los jóvenes ven ahora del profesor su ropa, su cara, sus manos; no tanto lo que sabe y pueda enseñarles. Los medios de comunicación les enseñan más que la Universidad, más que el maestro. El espacio de la Universidad, como el de la ciudad, se vuelve metáfora, imaginario. Lo imaginario es el paso de un espacio a otro espacio y eso precisamente es lo que ha venido ocurriendo en la Universidad, en la ciudad. Ya no habitamos ciudades «reales» desde el punto de vista de la visión panóptica y absoluta del espacio. Hoy habitamos ciudades imaginarias, ciudades deseadas, que no podemos decir que sean ciudades falsas. Como no son falsas ninguna de las que nombra Italo Calvino en sus *Ciudades Invisibles*. Precisamente voy a dejar que sea Calvino quien finalice por mí hablando de una ciudad azul para oponerla a mi naranja, ya que me gusta no sólo lo que dice sino la cadencia y el ritmo de sus palabras.

«En el centro de Fedora, metrópoli de piedra gris, hay un palacio de metal con una esfera de vidrio en cada aposento. Mirando dentro de cada esfera se ve una ciudad azul que es el modelo de otra Fedora. Son las formas que la ciudad habría podido adoptar si, por una u otra razón, no hubiese llegado a ser como hoy la vemos. En todas las épocas alguien, mirando a Fedora tal como era, había imaginado el modo de convertirla en la ciudad ideal, pero mientras construía su modelo en miniatura, Fedora dejaba de ser la misma de antes, y aquello que hasta ayer había sido uno de sus posibles futuros era sólo un juguete en una esfera de vidrio.»

«Fedora tiene ahora en el palacio de las esferas su museo: cada habitante lo visita, elige la ciudad que corresponde a sus deseos, la contempla imaginando que se refleja en el estanque de las medusas donde se recogía el agua del canal (si no hubiese sido deseado), que corre desde lo alto del baldaquín la avenida reservada a los elefantes (ahora expulsados de la ciudad), que resbala a lo largo de la espiral del minarete de caracol (perdida ya la base sobre la cual debía levantarse).»

«En el mapa de tu imperio, oh gran Kan, deben ubicarse tanto la gran Fedora de piedra, como las pequeñas Fedoras de la esfera de vidrio. No porque todas sean igualmente reales, sino porque todas son sólo supuestas. Una encierra aquello que se acepta como necesario mientras todavía no lo es; las otras aquello que se imagina como posible y un minuto después deja de serlo.»²

² Italo Calvino. *Las ciudades invisibles...*